

conocer los engaños y artificio de los enemigos, lo que se debía hacer, y lo que se habia de evitar. Y para que con más prontitud entendiesen estas artes, procuraba no parar con las legiones en un paraje, sino llevarlas con frecuencia de unas partes á otras, con el pretexto de buscar víveres; en especial, creyendo que los contrarios no se alejarían mucho de sus pisadas. Así que despues de tres dias formó sus tropas con más cuidado, segun las tenia preparadas, y pasando por delante del campo de los enemigos, los esperó en paraje á propósito en órden de batalla; mas visto que la rehusaban, volvió al anochecer con sus legiones á los reales.»

Otra vez ofreció César la batalla adelantándose hasta cinco millas de los campamentos contrarios, con igual resultado; por lo que determinó trasladarse al siguiente dia á la ciudad de *Sarsura* (hoy *Bou-Merdés*)⁽¹⁾, que contenía almacenes de víveres y estaba presidida por númidas.

«Luego que lo supo Labieno empezó á picar la retaguardia con la caballería é infantería ligera; y habiendo tomado algunos carros de mercaderes y vivanderos, en que llevaban sus cargas, y crecídole con esto el ánimo, se acercó más y con más atrevimiento á las legiones, pensando que no podrian pelear los soldados embarazados con el peso y equipaje. Mas no se le habia ocultado á César este accidente; y así habia dado órden de que marchasen á la ligera trescientos soldados de cada legion, á los cuales mandó salir contra la caballería de Labieno y á sostener la suya. Entonces, atemorizado Labieno á vista de las insignias, se puso en huida, volviendo las bridas vergonzosamente con muerte de muchos, y muchos más

(1) Aunque en el mapa del Africa Romana por el Depósito de la Guerra de Paris se señala á *Ksoursef* como la localidad correspondiente á *Sarsura*, he adoptado aquí la opinion más reciente de Mr. Mac-Carthy, que ha hecho un detenido y particular estudio del país.

heridos. Nuestros legionarios volvieron á incorporarse á sus banderas, y prosiguieron la marcha comenzada: y Labieno no dejó de seguir á los nuestros por la cumbre más alta del collado de la derecha.»

Apoderado César de la ciudad y pasada á cuchillo la guarnicion, sin que osare acudir Escipion á libertarla, manteniéndose á la vista, marchó sobre otra llamada *Fisdram* ó *Thysdrus* (identificada hoy á *El-Djem*), donde estaba Considio encargado de la defensa: reconocida la plaza y falto de víveres desistió de combatirla y pasó á establecer su campo á distancia de cuatro millas, en sitio cómodo por la inmediacion del agua, desde el que, al cabo de cuatro dias, se restituyó á su anterior campo cercano de Agar, regresando tambien al suyo respectivo los enemigos.

Llegaron despues en un nuevo convoy 4.000 legionarios, 400 caballos y 1.000 honderos y flecheros, soldados pertenecientes á todas las legiones, que por enfermos ú otras causas no habian podido antes incorporarse; y contando ya con este refuerzo, volvió á salir César de sus trincheras y formó en batalla á ocho millas de su campo y cuatro del de Escipion, con el propio fin de provocarle; mas todo se redujo á una accion parcial de la caballería sostenida por los legionarios ligeros y por el ala izquierda, en que quedaron victoriosos como de costumbre; y esperando allí hasta las cuatro de la tarde, regresó á su campo en formación sin perder un solo hombre.

«Viendo César que por ningun término podia obligar á los enemigos á exponerse á campo raso y experimentar las fuerzas de las legiones, y considerando que no podia acampar más cerca de sus reales por falta de agua, conoció que en esta falta, y no en su valor, ponian su confianza. Por lo cual, partiendo de su campo á los 4 de Abril (1), á

(1) Debe tenerse presente lo que está advertido respecto á las fechas que dá el traductor.

cosa de las tres de la mañana, y habiendo caminado de noche diez y seis millas, puso sus reales sobre *Tapso*, *Thapsun* ó *Thapsus* (hoy *Dimáss*), donde estaba Virgilio con buena guarnicion: y el mismo dia empezó á formar líneas de circunvalacion, á ocupar con presidios muchos puestos convenientes, para estorbar que los enemigos penetrasen hácia sus líneas y tomar otros puestos más inmediatos á la plaza. Escipion, conociendo la intencion de César y viéndose en precision de dar la batalla, por no perder con gran mengua á Virgilio y á los Tapsitanos, que tan fieles se habian manifestado á su faccion, salió desde luego en seguimiento de César por las alturas, y sentó su real á ocho millas de Tapso en dos campamentos. Habia un estanque de salitre, entre el cual y el mar solo mediaba un paso estrecho de mil y quinientos pasos, por donde pensaba Escipion entrar y socorrer á Tapso. Mas no se le habia pasado á César. Y así, habiendo levantado el dia antes un fuerte en este paraje, puso en él triple guarnicion y continuó sus obras contra la plaza con todo el resto del ejército formado en media luna. Defraudado Escipion en su intento y gastado el dia siguiente y la noche sobre el estanque, vino á acampar al amanecer hácia la marina, á distancia de mil y quinientos pasos de nuestra línea y del fuerte que queda dicho, y allí empezó á atrincherarse. Avisado de esto César, sacó sus tropas de la obra; y dejando en el campo el procónsul Asprenas con dos legiones de guarnicion, partió á la ligera con un campo volante á donde estaba el enemigo. Parte de la escuadra dejó sobre Tapso y parte dió orden que se apostase á la espalda de Escipion, lo más cerca que pudiesen de la costa, y que observasen su señal: dada la cual, causarian con súbita gritería un terror no esperado, con que perturbados y atemorizados los enemigos, se viesen obligados á volver la cara al peligro que tenian á las espaldas. Luego César llegó á este sitio y observó que Escipion tenia for-

mado el ejército al frente de las trincheras, puestos los elefantes en las alas, y entretanto parte de los soldados atentos con vigilancia á la fortificacion de los reales, formó sus tropas en tres líneas, poniendo en el cuerno derecho las legiones décima y segunda, y la octava y nona en el izquierdo, cinco en el centro, cinco cohortes delante de las alas contra los elefantes; los flecheros y honderos mezclados en las mismas alas, y las tropas ligeras entre la caballería. Despues dió vuelta á pié por todas las filas, excitando el valor á los veteranos, hablándoles amorosamente, y poniéndoles delante su esfuerzo y las victorias anteriores. Y á los bisonos, que nunca se habian visto en batalla, los exhortaba á que emulasen el valor de los veteranos, y se animasen á gozar, alcanzada la victoria, de la misma fama, nombre y reputacion.»

Recorriendo así las filas de su ejército, advirtió entre los enemigos claras señales de aturdimiento y terror, que notadas tambien por otros muchos acudieron á él pidiéndole aprovechara la ocasion de atacarles; y aunque se negaba en alta voz, diciéndoles no le convenía asaltar el campo contrario, sonó su cuerno un trompeta del ala derecha, excitado por los soldados, y todas las cohortes empezaron á avanzar al ataque, á pesar de los esfuerzos de los centuriones para contenerlas hasta que llegase orden del general.

«Viendo César que no habia medio de contener el ardor de los soldados, dando por seña *la felicidad*, montó á caballo y empezó á avanzar hácia los enemigos á la frente de las legiones. Cerraron por el ala derecha los honderos y flecheros con los elefantes, cargándoles de una multitud de dardos. Con que atemorizadas las bestias con el zumbido de las hondas y piedras, revolvieron hácia los suyos, que marchaban detrás, y cogiéndoles apiñados los pisotearon y se fueron á entrar por las puertas de las trincheras. La caballería de los moros, que estaba en el

mismo cuerno con los elefantes, desamparada de esta defensa, dió principio á la fuga. Así que desbaratados prontamente los elefantes, se apoderaron las legiones de las trincheras enemigas; y muertos algunos que resistieron con valor, todos los demás dieron á huir precipitadamente á los reales de donde habian salido el dia antes. ..

.....Entre tanto hizo una salida la guarnicion de la plaza por la puerta marítima, bien para dar socorro á los suyos, ó bien para buscar su salvacion en la fuga, desamparando la ciudad. Arrojáronse al mar, y aun teniendo el agua hasta la cintura, procuraban ganar la tierra; pero estorbados por los esclavos y mozos del ejército, que estaban en los reales, con piedras y dardos, se hubieron de volver á la ciudad. A este tiempo desbaratadas ya las tropas de Escipion, que huían desparramadas por toda la campaña, partieron en su alcance las legiones de César, sin dejarlas espacio para rehacerse. Habiendo llegado fugitivos á los reales, á donde se enderezaron para volver á atrincherarse y á ponerse en defensa, buscaban algun caudillo á quien volver los ojos, y que con su autoridad y representacion los gobernase. Mas viendo que ninguno habia que les sirviese de defensa, arrojando las armas, dieron á huir hácia los cuarteles del Rey. Llegando aquí y viéndolos ocupados por sus contrarios, desesperados ya de salvarse, ocuparon una altura, y abatiendo las armas, hicieron la salutacion acostumbrada en la guerra. Mas les sirvió de poco esta sumision. Porque encendidos los veteranos en furia y resentimiento, no solo no podían ser reducidos á perdonar al enemigo, sino que hirieron y mataron á muchos ciudadanos personas de cuenta de su propio ejército, acusándoles de que favorecían el partido contrario.....

Apoderado César de los tres campamentos contrarios, muertos diez mil de ellos y puestos los demás en fuga, se retiró á su campo con pérdida de cincuenta hombres y

pocos heridos. Inmediatamente se puso delante de Tapso, haciendo llevar al frente contra la plaza sesenta y cuatro elefantes armados de todos sus pertrechos y cargados de torres, tomados de los enemigos, con el designio de ver si podía apartar de su obstinacion á Virgilio y á los que le acompañaban, con aquella prueba de la derrota de los suyos. Despues llamó al mismo Virgilio y le convidó á la rendicion, trayéndole á la memoria su benignidad y clemencia: mas visto que no le daba respuesta, se retiró de delante. Al dia siguiente, despues de haber hecho sacrificios á los Dioses, juntó todo su ejército á la vista de los vecinos de Tapso, y en su presencia alabó á los soldados, repartió un donativo entre todos los veteranos, distribuyó premios, en particular desde su tribunal á los más esforzados y beneméritos; luego dejó al procónsul C. Rebilo con tres legiones sobre Tapso: encargó á Cn. Domicio con otras dos el cerco de *Tisdrae* ó *Thysdrus* (El-Djem), donde mandaba Considio, y se puso en marcha para Útica, habiendo enviado delante á M. Mesala con la caballería.»

Así describe Hircio esta tan completa como fácil victoria con que César vió galardonada su prudencia y habilidad, y los grandes sufrimientos del soldado desde el dia del desembarco: siguiéndose velozmente la persecucion y desaparicion de los restos de enemigos, romanos y númeridos en toda el Africa. Tomó sobre la marcha á Uzita, donde tenia Escipion acopio de víveres: prosiguió á Adrumeta, y de allí continuó á Útica, que ya habia sido ocupada por Mesala sin la menor dificultad; pues sabedor Caton del desastre y no pudiendo contener los desórdenes de los fugitivos y de los númeridos, ni reducir á los habitantes á una vigorosa defensa, se habia dado la muerte.

El rey Juba, que se salvó en la derrota huyendo con Petreyo, entró en sus estados y llegó hasta las puertas de *Zama* (1), donde tenia su palacio y familia; pero los

(1) La *Zama* de que aquí se trata, distinta de la que dió nombre á la célebre batalla

moradores, sabida la victoria de César, se rebelaron y le negaron la entrada, viéndose obligado á alejarse hácia el interior para hacerse matar al cabo de algunos dias por un esclavo, despues de muerto por él su aliado Petreyo.

Las ciudades de Tapsus y Thysdrus capitularon al fin, y derrotado y muerto por Sittius el general de los númeridas Sabura, alcanzó y sorprendió despues, viniendo de la Mauritania, á Fausto y Afranio que procuraban con algunas fuerzas refugiarse en España, pereciendo ambos. La muerte alcanzó tambien á Escipion en la mar junto á Hipona, con lo cual solo quedaron vivientes de los principales jefes del bando contrario á César, Varo y Labieno, que logrando pasar á España sostuvieron allá todavía la última campaña con los jóvenes Pompeyos, para perecer en la célebre batalla de Munda.

Trasladándose César á Zama, recompensó á los habitantes que se alzaron por él, declaró reducido aquel reino númerida á provincia romana; dió á Sittius la posesion de Cirta con su territorio vecino; y dejando de procónsul á Cayo Salustio Crispo, el renombrado historiador de la guerra de Yugurta, regresó á Útica: allí decretó premios para las poblaciones que le habian auxiliado y fuertes impuestos á las que se mantuvieron rebeldes; dictó otras providencias de gobierno y administracion, y se embarcó para volver á Roma, á los cinco meses y pocos dias de comenzada su feliz y trabajosa campaña.

LIGERAS REFLEXIONES CRÍTICAS.

Aunque no hubiera adquirido Julio César en otras guerras la grande celebridad que goza, bastaria esta de Africa para colocarle en el número de los primeros capi-

de la 2.^a guerra púnica, debe colocarse, segun Mac-Carthy, hácia los 6°, 49 de longitud E. de París y los 35°, 58 de latitud; distante de Utica 180 kilómetros y 204 de Thapsus.

tanés, por la prudencia y el atrevimiento que alternativa-mente supo emplear su consumada habilidad y pericia; así como por el carácter y el tacto político que demostró, lo mismo para con sus tropas que para con las enemigas y para los pueblos.

El estudio de esta campaña debe servir de provechosa enseñanza y mirarse como uno de los mejores ejemplos, dadas las circunstancias y condiciones en que se encontró César, y por eso hemos procurado tratarla con la extensión suficiente al objeto de dar á conocer sus principales trámites y accidentes.

Siendo el relato de Hircio el más completo y auténtico que ha llegado hasta nosotros, se hace difícil suplir lo mucho que omite de interesantes detalles, y aventurada por consiguiente la crítica; sin embargo, como en lo que contiene hay bastante que admirar, se ha prestado al análisis y observaciones de algunos escritores modernos. Deplorable es en verdad que no describiese el mismo César esta campaña como lo hizo de las de las Galias; y no ménos debe sentirse y aun extrañarse, que no lo hiciera Cayo Salustio Crispo despues que terminó su famoso libro de la guerra de Yugurta, cuando por las circunstancias de haber tenido en ella parte, por la amistad con que César le distinguió y por haberle dejado entonces de procónsul de Africa, parecia estar casi obligado y en mejores condiciones que otro alguno para verificarlo: tal vez le faltó tiempo por las exigencias del mando y administracion, en que se dice supo enriquecerse á costa de enormes exacciones en el país.

La primera reflexion que se ocurre sobre esta campaña es la que resulta de su cotejo con la de Curion; pues si en la una acarreó la catástrofe el consorcio de la arrogancia y la impericia, en la otra obtuvo brillante triunfo la combinacion de excelentes cualidades de sagacidad, paciencia y actividad, inteligentemente empleadas: y la segunda, que

tambien resalta desde luego, es el contraste que ofrece la conducta de César con tan escasos medios al principio, comparada con la de los caudillos contrarios que dominaban el territorio y disponian de grandes fuerzas de que apenas supieron aprovechar.

No se comprende satisfactoriamente en tan experimentado general como César, por solo la confianza en su feliz estrella, el arriesgado desembarco que efectuó con un exíguo cuerpo de tropas á la inmediacion de una plaza bien guarnecida; y ni aun la esperanza que pudiera abrigar de que se le uniese al ser exhortada, por efecto de su influencia personal, basta á nuestro juicio á salvarle del concepto de temeridad que merece su accion. Pero es mucho más grave el caso por el olvido ú omision en que incurrió, de dar órdenes precisas á los buques de la escuadra, marcándoles el punto ó puntos de reunion á donde deberian acudir; pues por ambas razones se vió muy expuesto á un descalabro y ruina, sin la torpeza de los enemigos. Lo que sobre esto expone Hircio diciendo que *como no creia hubiese en la costa ningun puerto donde sus naves estuvieran seguras de las guarniciones enemigas, le hizo considerar conveniente dejar en libertad los buques de abordar á donde el azar los condujese*, es inadmisibile: mejor pudiera creerse que al dejar los barcos á la ventura supuso irian sobre Útica y le proporcionarian el distraer por aquella parte toda la atencion del enemigo, dejándole libre el verdadero paraje de su desembarco, al que luego acudirian en su busca bordeando el litoral, ó le seria fácil llamarlos: ó puede ser se escapara á su prevision que un temporal dispersase lo flota; lo que, no obstante, era harto probable en la estacion que efectuaba la travesía, como así lo tuvieron que experimentar y sentir los que en épocas posteriores aventuraron sus escuadras al furor de las olas en esas costas africanas en igual período del año.

En cuanto á la alta direccion de las operaciones por

sus contrarios, se ha juzgado fundadamente que fué muy desacertada, no aprovechando el tiempo, despues de derrotado Curion, en llevar la guerra á Sicilia y áun á Italia, antes que César acudiera en persona á restablecer su causa; pero por lo demás el plan que adoptaron en Africa, era bastante cuerdo, reduciéndose á ocupar los mejores puertos; arrasar los campos cercanos al litoral recogiendo hácia el interior y dentro de las plazas los granos y los habitantes, para privar de subsistencias á los invasores; tener reunidas ó muy inmediatas las fuerzas principales, á fin de acudir á donde conviniera, en el supuesto de que César abordaria con gruesa armada; y extender la caballería ligera por las costas para vigilarlas y correr avisos instantáneos. Y no es de pasar inadvertida la idea que tuvo el rey Juba de destruir á Útica, para la que le serviría de fundamento el quitar al enemigo ese objetivo sobre el cual habian girado exclusivamente las operaciones en las últimas guerras, obligándole á internarse en el país, y por consiguiente á que aumentasen sus dificultades: pensamiento que estaba conforme á la manera de guerrear de los númeridas, y que era indicio de desconfianza si se ceñian las operaciones á las cercanías del mar, como en efecto acreditaron los sucesos; porque César pudo recibir de Sicilia sus refuerzos y vituallas, y asegurado siempre por la costa sacó tambien de las comarcas vecinas algunas provisiones con que alivió la escasez en que se hallaba antes del arribo de los convoyes.

Si los caudillos contrarios hubiesen sido todos africanos como el rey Juba y su general Sabura, tendrian más explicacion sus desaciertos desde el principio de la campaña; pero encontrándose entre ellos capitanes romanos muy experimentados bajo las mismas órdenes de César y Pompeyo, como Escipion, Varo, Petreyo, Caton y Labieno, se hace más censurable su conducta por no saber aprovechar los azares que comprometieron al terrible ene-

migo y las temeridades con que les brindó; por el descuido de vigilancia y de medidas políticas en el país para asegurarle fiel á la causa ó partido que sostenian; por la negligencia con que emplearon los buques para perseguir á los dispersos de César y para interceptar sus convoyes; y por último, por las vacilaciones, la timidez y la inoportunidad con que utilizaron en campo raso las grandes masas de que disponian, tanto en las marchas como en las acciones parciales y en las batallas que empeñaron. Algo pudo contribuir á todo eso la rivalidad de los mismos caudillos y la falta de uno de gran autoridad sobre los demás; pero siempre resalta con evidencia que, aunque acreditados en otras guerras y muy distinguido alguno en las de las Galias, como Labieno, no estaban sus dotes de generales á la altura necesaria para luchar con su antiguo maestro.

Cuando se reflexiona bien el peligro á que se expuso César al desembarcar junto á Adrumeta con 3.000 infantes y 150 caballos; en la marcha hácia Ruspina constantemente hostigado, y en la batalla que á los pocos dias, aunque contando ya con alguna más fuerza, se atrevió á sostener contra las inmensas que le envolvieron, es imposible negar el auxilio que tuvo de la fortuna, que suele apasionarse de los hombres de génio hasta el extremo de favorecerles en sus faltas ó errores; dimanándose de esto que se crea *que los sucesos y la gloria dependen casi siempre de la suerte*. Pero aparte de ese arriesgadísimo principio de la empresa, ¡cuánta maestría, cuánta prevision y talento revela el modo con que condujo la guerra, asegurando la fidelidad é instruyendo sus tropas; ganándose soldados en el campo enemigo y ciudades que le abrieran las puertas, mientras activaba como importante diversion las hostilidades de Sittius y Bogud contra el reino de Juba!

El ser la batalla de Ruspina la primera de esta campaña, el haber estado en ella tan comprometido el éxito,

y el haberle servido á César de ensayo ó leccion para conocer al enemigo y la clase de guerra que le haria, exigen se reflexione un poco sobre sus pormenores. Desde luego creemos hay en el texto de Hircio alguna confusion y omision importante: dice claramente que «César salió de su campo con 30 cohortes y 400 caballos; y que andadas cerca de tres millas, cerciorado de la aproximacion del enemigo, mandó se le uniera rápidamente la caballería y los arqueros y que siguieran despacio las legiones formadas en batalla, adelantándose él con poca gente.» Infiérese que el designar primero las *cohortes* y poco despues las *legiones*, significa que éstas no estaban allí completas, sino que habia mezcladas fracciones de todas las del ejército, con las cuales constituiría tres legiones provisionales; y como por la rapidéz del embarque en Sicilia y por la dispersion de los buques en la mar, así como por las guarniciones de que ya se habia desprendido y las bajas naturales en las tropas, debian aquellas cohortes estar muy disminuidas de su efectivo reglamentario, puede calcularse que la fuerza total de César en esa ocasion, aun admitiendo lo que cree Guischartt respecto á que la caballería era de 1.400 y no tan corto el número de arqueros, ascendería á lo sumo á 15.000 hombres; mientras la de Labieno, segun el autor, llegaba á 50.000.

Aunque no lo dice Hircio, se infiere tambien que poco despues de adelantarse César, sin duda para reconocer el ejército que se acercaba, retrocedió ó se detuvo á esperar las legiones y establecer el orden de batalla que describe al propio tiempo que el adoptado por el enemigo.

La facilidad y prontitud con que la numerosa caballería é infantería ligera nómida se fueron desarrollando para envolver al cuerpo de César, obligó á éste á alterar la formacion de sus líneas, ejecutando evoluciones tácticas conducentes á prolongarlas, para dificultar el objeto del enemigo, para mejor resistirlo, y para rechazarlo y per-

seguirlo en el momento oportuno. La explicacion dada por el texto latino de ese movimiento táctico, dice así: «*Caesar interim, consilio hostium cognito, iubet aciem in longitudinem quam maximam porrigi, et alternis conversis cohortibus, ut una post alteram antesigna tenderet,*» y la version castellana de Valbuena de que nos servimos, exactamente igual á la francesa (edicion de Wailly), no puede hacer comprender bien lo que realmente se hizo; así como tampoco la traduccion de Diego Lopez de Toledo, mas literal, que dice: «*E entretanto César, conosciendo el consejo de los enemigos, mandó que la batalla se alargase mucho, é vueltas las capitánias alternadas: porque una fuese detrás de otra delante de las banderas.*»

De esta dificultad de interpretacion han surgido varias opiniones, siendo la de Guischartt en su estudio analítico, la del extracto siguiente: «las tres filas interiores, de las nueve en que formaba la infantería romana, giraron á la derecha una mitad y otra á la izquierda, marchando á prolongar sucesivamente por hileras el frente de batalla, cubiertas por la caballería de los flancos que iba poco á poco separándose: de este modo, confiado en la firmeza de los legionarios y en lo débil de la extensa línea de Labieno, eludió de formar un cuadro ó el sólido de la tortuga; y haciendo despues que la caballería de cada ala se extendiera por pelotones por vanguardia y retaguardia delante de las cohortes, alternadas de manera que quedase entre ellas el frente de una al descubierta, mandó dar el ataque simultáneo, que se verificó dando primero frente á retaguardia las cohortes que resultaron cubiertas por la caballería delantera, y separándose en su avance las dos líneas compuestas de ambas armas, embistieron luego y rompieron al enemigo, dando en seguida una conversion hácia las alturas en que apoyaba al principio el costado izquierdo, para posesionarse de ellas.» Cuya detallada explicacion trascribimos

aquí porque ha merecido muchos elogios, y porque es en efecto ingeniosa; mas no debemos ocultar que se nos hace demasiado complicada y difícil tal evolucion táctica, en el trance en que se hallaba comprometido César.

Si censura merecen Labieno y Petreyo que no supieron derrotar entonces á César, contando con gran superioridad numérica, tampoco es dable apreciar mejor la pericia de Escipion cuando al regresar su contrario de la atrevida punta que hizo sobre Zetta, pasando cerca del mismo campo que aquel ocupaba, á cuyo frente formó las legiones, no se decidiera á moverlas para empeñar batalla en condiciones que le eran ventajosas, contentándose con dejar á Labieno y á la caballería africana que le hostigarán en la marcha. Y el que despreció aquella y otras coyunturas favorables, se decidió despues á arriesgar una accion general y decisiva junto á Tapsus, en mucho peores circunstancias.

La brevedad de la narracion de Hircio sobre esta última batalla no permite tampoco hacer un juicio detallado, pues ignóranse exactamente las fuerzas de los dos ejércitos y la verdadera formacion del de Escipion, que apenas indica; pero puede creerse que el de César ascendería, incluso lo que dejó en el asedio de la plaza, á unos 48 ó 50.000 hombres, y que el de Escipion y Juba reunidos no bajaría de 80 á 90.000. Por la rapidéz de los sucesos, segun los relata el texto, apenas tuvieron tiempo de levantar los de Escipion las trincheras y trabajos de los tres campos de que habla, y se infiere que no todas sus fuerzas se presentaron en el orden de batalla; mas sí resulta de todo una conviccion de que ni la solidéz, ni el ánimo de sus tropas correspondian á lo que necesitaban ante el entusiasmo, la instruccion, firmeza y valor de las contrarias, ni á la maestría y sagacidad del gran capitan que logró atraerlas á la batalla que rehuían, para proteger la plaza sitiada; y que supo aprovechar los buques de su

escuadra para un amago de ataque por retaguardia.

Refiriéndose Plutarco á otros escritores, dice que no se halló César presente en la batalla porque un ataque de epilepsia le obligó á retirarse á una torre vecina del lugar; pero como el incidente tiene suma importancia para que Hircio lo omitiera, no debemos darle asentimiento; mucho más cuando repetidamente consigna desde el principio al fin su presencia: el suceso, por otra parte, es tan conforme á todos los de guerra que mandó, que aun sin ese dato se inclina uno á ver allí su direccion y accion personal.

En cuanto á los resultados decisivos que obtuvo y á la presteza con que persiguió al desbandado ejército y estrechó las plazas que se resistían, no habia que esperar otra cosa de su enérgica actividad y costumbre en las anteriores campañas, para que procurase dar pronto término á aquella tan difícil y diversa; bien que á ello contribuyó el alzamiento de Zama contra el rey Juba, y el suicidio de Caton en Útica, que como dijo Napoleon I, *fué resolucion fatal, inspirada por la debilidad de una alma grande, ó si se quiere por error del estóico, pero que echó una mancha sobre su vida.*

Con sobrada y evidente razon se han juzgado útiles lecciones de guerra, mayormente para la guerra en Africa, las que nos dió César en la célebre campaña que tuvo precision de hacer en aquel continente. Su infatigable actividad (que motivó le calificase Ciceron de *monstrum activitatis*) para fortalecer los campamentos, para asegurar siempre las comunicaciones con el mar y los pueblos en que se apoyaba, y aún para aproximarse á los enemigos resguardado por atrincheramientos del peligro de ser envuelto; su esquisito celo en buscar provisiones que asegurasen la subsistencia; el sistema de mantener en movilidad, trabajos, instruccion y servicio de vigilancia al soldado; la serenidad, confianza y firmeza que supo infun-

dirles, preparándolos contra los elefantes y la innumerable caballería núcida; la adopción práctica, que consideró necesaria, del mismo método de los enemigos, interpolando con los ginetes infantería ligera; el arte con que ordenadamente movió las tropas en la frecuente mudanza de campos, en las marchas de retirada ó para provocar á batalla al enemigo; y por último, su paciencia y cautelosa circunspección en no aceptar las de ellos hasta tener reunidas suficientes fuerzas y escogida la ocasión y lugar oportuno, cosa de que se admiraban Escipión y los demás jefes romanos, recordando su natural iniciativa y decisión, son en su conjunto inapreciable ejemplo militar. Esa conducta de la guerra en sus detalles, encaminada á obtener el fin propuesto por los medios más seguros, es la que mejor debe enaltecer las cualidades de un verdadero general en jefe, pues la propensión á empeñar combates y batallas sin objeto definido ni ventajas probables, anuncian falta de plan ó pensamiento, é indican ignorancia de los principios y máximas fundamentales del arte de la guerra, ó bien una temeridad costosísima que suele impedir ó retardar victorias decisivas: por eso inculcado el gran duque de Alba por haber evitado algunas veces el dar acciones en que creían hubiera alcanzado éxito, contestó, inspirándose en los ejemplos de César y de otros afamados capitanes: *el objeto de un general ha de ser el de vencer siempre á su enemigo, no el de atacarle siempre; se ha peleado perfectamente cuando se ha conseguido la victoria.*

Al citado escritor Guischartd le pareció esta guerra *una de las más sábias y de las más memorables de la vida de César*, y eso que no había visitado el país, ni hecho estudio particular de las ocurridas en él con posterioridad. Motivos hay, en efecto, de legítima admiración, al reflexionar el cúmulo de dificultades y obstáculos que tuvo que vencer. Las borrascas en el mar, los horribles temporales en tierra y la escasez de víveres, que son en cual-

quiera empresa contrariedades de monta, constituyen en las de Africa una atencion privilegiada, esencialísima, para preverlas, puesto que son inevitables; por lo cual se ha establecido acertadamente como apotegma, que allí *vencer al clima y á la naturaleza del suelo, es casi triunfar del enemigo*. Pero además, siendo éste entonces tan poderoso y organizado, y contando con aquellas nubes de caballos é infantiles ligeras húmedas que por todos lados se hallaban para molestarle, cortar sus comunicaciones y subsistencias, sorprender los forrajeadores ó destacamentos, atacar sus flancos y retaguardia y envolverlo por completo, trayéndose una y otra vez á la carrera cuando eran acometidos, se puede concebir lo trabajoso de las operaciones y el mérito de esa rara combinacion de cualidades que demostró como atrevido y circunspecto; como paciente, sufrido y activo; y como previsor, cauteloso, sagáz y hábil. Jamás en todas sus campañas aplicó mejor que en esta de Africa el sábio precepto que él mismo consignó, de que *vale más fiarse en la maña que en la fuerza, en la habilidad más que en la espada*. (*Consilio pótius quam gladio superare*).

Ocasion es de recordar aquí para establecer paralelo, y como término de observaciones en este capítulo, lo que dijo el Mariscal Bugeaud al tratar *De los medios de conservar y de utilizar la conquista de la Argelia*, expresando gráficamente la clase de guerra que hacia. «En Africa la fuerza se dispersa, está por todas partes, y un ejército europeo se encuentra en la situacion de un toro acometido por multitud de abispas. Los resultados se cogen con tanta dificultad como los ginetes: solo multiplicándose uno mismo se pueden llegar á obtener. Ahora bien; no debiendo fraccionarse el ejército sino en partes capaces de vencer á cualquiera reunion de enemigos, es preciso que sea numeroso para poderse subdividir bastante y dominar en tan extensa superficie los intereses «y la gente desparramada.»

Al poner esta cita hace ya años en el libro titulado *Memorias sobre la Argelia*, nos referimos igualmente á unos interesantes artículos que acerca de la campaña de César insertó en 1844 Mr. H. Feuilleret en el *Moniteur Algerien*; y como consideramos de aprovechamiento para los jóvenes aficionados á la historia y al arte de la guerra su estudio, debemos recomendarles la lectura completa del comentario de Hircio, así como la obra repetidamente citada del alemán Cárlos Guischartd, que fué Ayudante de campo de Federico II (quien le apellidó *Quintus Icilius* por el nombre de uno de los auxiliares de César), que se publicó en 1758 en francés, en *La Haye* (2 volúmenes en 4.º) con el título de *Memoires militaires sur les Grecs et les Romains, etc.* para servir de continuacion á la *Historia de Polibio* comentada por el caballero de Folard; pues en ella vá incluido el *Análisis de la Guerra de César en Africa*.

En la *Vida de Julio César* que escribía el emperador Napoleon III y de la que solo se han impreso dos tomos, debia ser tratada esta campaña con gran lucidéz y riqueza de láminas que pondrian más en evidencia su mérito y facilitarían comprenderla perfectamente; pues iba á utilizar todos los mejores textos antiguos y modernos, así como las investigaciones históricas y geográficas verificadas para la identificacion de lugares, en particular el *Comentario general* formado por Mr. O. Mac-Carthy, cuyo manuscrito puso en manos de S. M. I., segun manifestó al insertar en la *Revue Africaine* unos artículos que tituló *Etude critique sur la Géographie comparée et la Géographie positive de la guerre d'Afrique de Jules César*, de los que nos hemos servido en este capítulo.





CAPÍTULO IV.

SUBLEVACIONES Y GUERRAS

DURANTE LA DOMINACION ROMANA, HASTA EL
SIGLO V DE NUESTRA ERA.

SUMARIO.— Ilacion general histórica.— Guerra de Tacfarinas.— Guerra de Firmus.—
Guerra de Gildon.

ILACION GENERAL HISTÓRICA.

EN la imposibilidad de relatar detalladamente los acontecimientos de guerra ocurridos en Africa durante los cinco siglos que trascurrieron desde Julio César hasta la invasion vándala, haremos la cita ó enumeracion cronológica de todos cuantos registra la historia ó constan de modo indudable, á fin de que con esa idea preliminar, se presenten despues reseñas de las tres guerras llamadas de *Tacfarinas*, de *Firmus* y de *Gildon*, que son las únicas de que existen textos apreciables para nuestro objeto.

Siguiendo las discordias entre los romanos despues de la muerte de César, dieron lugar en Africa á otros complicados sucesos. El príncipe Arabion, de la antigua Real familia númida, refugiado en España, volvió á su país, se le unieron gran número de partidarios y arrojó á Bocco y á Sittius de los dominios de que César les dejó en posesion. Disputáronse luego sus simpatías y auxilio Tito-Sextio y Quinto Cornificio, que representaban en la provincia de Africa los intereses de Marco-Antonio y de Octavio, empeñándose por consecuencia una guerra que terminó en su primer período con el triunfo de Sextio apoyado por Arabion y la muerte de Cornificio; mas reconciliados Octavio y Antonio para formar con Lépido otro triunvirato y tocádole al primero Africa, entregó Sextio el mando á Cayo Fuficio Fango, designado al efecto. Cambiada despues esa distribucion de provincias, surgió el segundo período de contienda por negarse Fango á devolver á Sextio la que ya pertenecía á Antonio; y mezclándose tambien Arabion, en contra ahora del que antes fué su aliado, logró sin embargo Sextio completa victoria y verse de nuevo dueño del país por la muerte de los dos jefes enemigos, hasta que pasando Lépido con seis legiones para tomar posesion, rindióle el mando sin oponer dificultad, y lo conservó cuatro años. El procónsul Tito Estalio Tauro, enviado por Octavio cuando arrojó á Lépido del Triunvirato, sometió por último á su autoridad aquellos dominios africanos.

Constituido Octavio Augusto en el poder supremo y único despues de la batalla de *Actium*, prestó al Africa la atencion que merecian sus dilatadas provincias y los recientes acontecimientos; realizó las disposiciones de César para la anexion de la Numidia y para reconstruir la gran ciudad de Cartago; fundó numerosas colonias por la costa y el interior en puntos bien elegidos; embelleció las ciudades con monumentos y obras de utilidad pública, y fué

adoptando sucesivamente otras medidas encaminadas á afirmar el dominio de Roma, identificando á su causa los intereses de aquellos pueblos.

Cuando murió Bocco, único soberano que habia quedado en las Mauritancias por la fuga y muerte de Bogud, que habia tomado parte por Marco-Antonio, formó Augusto allí otra provincia dependiente de Roma. Tres años despues (unos dicen que el 30 y otros que el 33 antes de J. C.) confió la Numidia á Juba II, hijo del vencido por César, que educado en Roma y protegido muy políticamente por Augusto, que lo casó con Cleopatra Selené, hija de Marco-Antonio y de la célebre reina de Egipto, se propuso hacer de él un prototipo de reyes vasallos ó *Reges inservientes*, como dice Tácito; mas cambiando á los cinco años su plan constitutivo del Africa, volvió á dejar la Numidia en provincia romana y le dió á Juba en su lugar los Estados de las Mauritancias, sin duda para seguir mejor en aquellos lejanos países, entre gentes más bárbaras, la comenzada obra de paulatina asimilacion.

Era natural, no obstante, que se tropezara con grande resistencia y sérias dificultades; y de ello es prueba la cadena de agitaciones, revueltas y sublevaciones que se fueron sucediendo con escasa interrupcion, en esa prolongada banda septentrional de Africa, como vamos á indicar.

Hácia el año 21 antes de J. C. (otros suponen fecha anterior) tuvo que emprender el gaditano Cornelio Balbo una muy notable expedicion al país de los *Garamantes*, que lo llevó vencedor hasta *Kydamus* y *Garama* (Ghdames y Djerma en el dia, correspondientes á la region meridional del Estado de Trípoli ó al Fezán); sobre la cual dá Plinio las casi únicas noticias que se conocen, aunque merece tenerse á la vista para adquirir idea de ella, un trabajo publicado por Mr. Vivien de Saint Martin en 1862 en la *Revue Archeologique de Constantine*.

Trascurridos pocos años empezaron á removerse los

getulos, para concluir en un gran levantamiento en que batidas varias veces las tropas romanas por ellos y los *musulamos* que hicieron causa comun, se mantuvieron en hostil rebeldía hasta el año 6 antes de J. C. en que consiguió domeñarlos Cneo Cornelio Cossus, enviado expresamente por Augusto; de todo lo cual proporciona Paulo Orosio los principales detalles que se conocen. Es de advertir que aun cuando por lo comun escriben *musulanos* los historiadores para designar á aquellos indígenas que se unieron á los getulos, consta que se nombraban *musulamos* á los de ciertas tribus establecidas al Sur de la Numidia y de la Mauritania Cesariense por una inscripcion hallada en *Khemissa* (Argelia).

El heredero de Juba II, Ptolomeo, no siguió la conducta hábil ni heredó los talentos de su padre, y dando repetidos motivos al disgusto ó al ódio de sus pueblos, proporcionó á un audáz ambicioso llamado Tacfarinas, levantar á muchos en insurreccion, organizar ejército y sostener la guerra siete años contra él y sus señores los romanos, hasta el 24 de nuestra era, en que sucumbió y se restableció la paz, como se verá despues en la reseña particular que daremos.

La injustificable crueldad de Calígula, que siguió á Tiberio, haciendo ir á Roma á Ptolomeo para darle muerte, junta con otras disposiciones adoptadas en Africa, olvidando la cuerda política seguida y recomendada por Augusto, facilitó á Eudemon, siervo que fué del último rey, un pretexto para aprovechar la irritacion de los mauritanos sublevados al grito de venganza, aspirando á su favor entronizarse; mas emprendidas operaciones contra él por Cayo Suetonio Paulino, á quien el siguiente emperador Cláudio envió, quedó vencido en diferentes encuentros, marchando el general romano por toda la Mauritania para sojuzgarla hasta atravesar la cordillera del Atlas y aun llegar al rio Ger, que algunos pretenden sea el Níger. Otra

expedición fué, sin embargo, necesaria (años 42 de J. C.) para acabar de reducir á los insurgentes acaudillados por Salabos, que perseguido activamente, tuvo que someterse en los límites del Desierto, al propio tiempo que batidas unas tribus levantadas por distintos puntos, se restableció la tranquilidad: desde entonces toda la Mauritania se redujo por Claudio á provincia romana, bien que dividida en dos partes, la Cesariense y la Tingitana.

Nos duele carecer de relaciones minuciosas sobre estas campañas, de que solo Plinio y Dion Casio dan ligerísimas noticias, y que no se haya conservado la memoria que consta escribió el mismo Suetonio de su interesante empresa; pues tendríamos un texto importante para juzgarla y para adquirir conocimiento del estado de ese país tan poco frecuentado todavía y que tanto nos interesa á los españoles, por ser en gran parte el actual imperio de Marruecos.

El propretor Macer que gobernaba en Cartago en los últimos años de Nerón, se rebeló y juntó tropas por su cuenta; pero como en vez de aliviar al país de las exacciones que sufría, según prometió, empezó agoviándolo más, prodújose un levantamiento de reacción que facilitó á Trebonio, enviado por Galba, el restablecer pronto la quietud, abandonado el rebelde de sus secuaces y muriendo á manos del centurion Papirio (año 68).

Las rivalidades de Othon y Vitelio vibraron también en Africa como las de Mário y Sila, y como las de Antonio y Octavio, declarándose por el primero Luceio Albino, gobernador de las Mauritanias, y siguiendo su ejemplo Crescense en Cartago: mas la revuelta duró poco, porque mandado por Vitelio Cluvio Rufo consiguió dar muerte á Albino y tranquilizar aquellas provincias, á pesar de que aun hubo alguna agitación hácia la parte oriental al advenimiento de Vespasiano.

Otras varias expediciones verificaron por aquella época

los romanos al país de los garamantes y al de los nasamones, esto es, al Sur de la Cirenaica; pero son escasas las indicaciones que de ellas se conservan, diciéndose solo que en el año 87 se sublevaron los nasamones contra las exigencias de los impuestos, y que Flaco, comandante en la Numidia, marchó á reducirlos, atribuyéndosele haber empleado tres meses en el viaje; así como que en otra empresa semejante dirigida por Julio Materno desde Lep-tis á Garama, continuó por cuatro meses la marcha hasta llegar al país de *Agisymba*, donde se criaban reinocerontes.

Hácia el año 117, imperando Adriano, se encargó Martio Turbo de apaciguar otra sublevacion en la Mauritania, que debió tener bastante importancia cuando el mismo Emperador creyó necesario visitar el país en 122; como dos años despues lo hizo tambien á la provincia llamada de *Africa propria*, que era la que tenia á Cartago por capital.

Volvieron á levantarse los mauritanos en 138, bajo el imperio de Antonino, diciendo Pausanias que «fué atacado el imperio por los moros, raza la más considerable de los pueblos líbicos; que nómadas como los escitas son más difíciles de vencer, porque viajan siempre á caballo con sus familias, y no sobre carros: Antonino los arrojó de toda la parte de Africa sujeta á los romanos, á las estremidades de la Libia, en los montes del Atlas y pueblos vecinos de esta cordillera.» Mas reinando Marco Aurelio en 170, no solo se alzaron otra vez, sino que llevaron sus hostilidades á devastar la costa de España, tomando la guerra honda raíz por largos años, pues se propagó el espíritu sedicioso por diversas comarcas en tiempo de Cómodo y Pértinax, años de 188 y 190; y por último, hasta el 234 no se consiguió la completa sumision de la Tingitana por Furio Celso, general de Alejandro Severo.

Marco Antonio Gordiano, que gobernaba la Numidia y la provincia de *Africa propria* en 236, fué aclamado em-

perador en *Thysdrus* (hoy El Djem); pero su enemigo Capelliano que mandaba la Mauritania, marchó contra él á la cabeza de las tropas de que disponia, que eran muy aguerridas, y derrotó á las que le opuso bajo las órdenes de su hijo que pereció en la batalla: por consecuencia se suicidó el anciano Gordiano y quedó triunfante allí por el pronto la causa de Maximino.

Semejante resultado acarreó en 240 al procónsul Sabiano la sedicion que movió en la misma provincia de Africa, pues acudió con tropas el comandante de la Mauritania; quien, aunque rechazado al principio, logró por fin someter á los rebeldes y que le entregasen preso su caudillo.

Dos inscripciones encontradas hace pocos años en la Argelia (1) dan á conocer otra sublevacion de los indígenas de que no habia noticia, ocurrida el año 261, y á cuya cabeza se puso uno llamado Faraxen. Y por la misma época ó poco despues acontecieron las irrupciones de los Francos, que durante algunos años saquearon las costas de España y de la Mauritania.

Escasamente duró una semana, en 265, la tentativa de proclamar Augusto en Africa á cierto antiguo tribuno llamado Celso, que pagó con la vida su atrevimiento, á que le indugeron otros intrigantes conspiradores.

Ejerciendo Probo en los años siguientes el mando militar en aquella parte de Africa, dirigió con grande acierto una expedicion contra los marmaridas, confinantes del Egipto, y sofocó algunas rebeliones en diferentes comarcas, dando muerte en una de ellas, en combate personal, al cabecilla de las tribus alborotadas, nombrado Aradion. Dicen de él sus biógrafos que tenia por principio no dejar nunca ocioso al soldado, y que por eso los empleaba cuan-

(1) La primera está señalada con el número 101 de la coleccion de Mr. Renier, y fué hallada en Lambesa: la segunda estaba en Aumale, la antigua Auzia, segun Mr. A. Berbrugger.